

Juan Marichal Comprueba que hay en América Latina Historia Intelectual

MADRID, 16 de marzo (EFE)—El escritor español Juan Marichal rompe en las páginas de su libro "Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana", con el prejuicio hispano y europeo de que no hay historia intelectual en América Latina.

Para avalar su postura, el escritor recuerda a Unamuno, al que por español tanto interesó lo americano. De él toma el término opinante, aplicable a los americanos que al revivir ideas europeas las intensificaron. "La América practica lo que la

Europa piensa", dijo Alberdi.

Marichal, en su libro, y en la primera época o de designio constitucional latinoamericano (1810-1830), resalta a Mariano Moreno y a Bolívar. Dice que Moreno se formó en el humanismo racionalista del XVIII e influyó en él Rousseau, cuya primera edición del "Contrato Social", en español (Londres 1799) leyó y reimprimió, prologando la para distribuirla en las es-

cuelas públicas de Argentina.

Dice asimismo que Bolívar (recordado en París con un medallón en la casa donde vivió), se inspiró en Montesquieu como escritor político y publicó su Constitución en una revista parisiense.

La segunda época de esta historia intelectual (1830-1868) corresponde a la incorporación del liberalismo europeo. Uno de sus portavoces fue el argentino Eche-

varría, que gozó de una beca para estudiar en París, donde se hizo sansimoniano. Vuelto a Argentina animó un salón literario, que debió cerrar a causa de la dictadura de Rosas.

Echevarría, consecuentemente con sus ideas democráticas, criticó el sufragio universal que dio el poder a ese dictador. Su seguidor, Alberdi, fue un apasionado rousseauniano, dijo: "Le debemos reflexiones de interés, como «Los pueblos ciegos no son pueblos»", Sarmien-

to, otro argentino ilustre, representó en su país el liberalismo romántico.

En el cubano Martí y el uruguayo Rodó simboliza Marichal la tercera época (1870-1910) o de "Idealismo democrático", más compleja. Martí recibió influencia krausista en Madrid. Rodó, en cambio, dice Marichal, se opuso a "Calibán (1878) de su admirado Renán. A defensor escéptico de la democracia por haber nacido

de ella la autarquía de Napoleón III.

Rodó trató de encontrar en París una armonía entre la cultura y la democracia, en la que coincidía con Unamuno, ambos anteponen la calidad al número, principio para la eficacia de cualquier actividad de grupo.

Extremadamente corto es el estudio de Marichal del período de 1930 a 1970 (salta el lapso anterior, con hombres como el mexicano "asesinados"), que caracteriza de "Introspección colectiva" frente al de "Acción" anterior.

EL DÍA

Luis Enrique DELANO

Poesía inconclusa de América Latina

Compone la antología **Poesía Trunca**, publicada por Casa de las Américas de Cuba, una selección de la obra de 28 poetas de nuestro continente muertos en la edad juvenil, con los zapatos puestos y la revolución metida en el alma. El antologista, Mario Benedetti, dice de ellos: "Algunos de estos poetas revolucionarios murieron en combate o cumpliendo una misión insurreccional; hubo quienes desaparecieron en alguna emboscada y nunca más se supo de ellos; otros, cuyos cadáveres aparecieron acribillados o mutilados por escuadrones de la muerte o comandos parapoliciales; algunos fueron asesinados cuando estaban desarmados o incluso cuando dormían. Todos eran militantes revolucionarios y en consecuencia habían asumido su compromiso, aceptando el riesgo de morir por la causa y la patria que defendían. Quizás unos fueron revolucionarios que, además escribían versos, en tanto que otros eran poetas que, además, luchaban por la revolución. Aquí, empero, están todos juntos, porque cuando se entrega la vida, los otros matices y prioridades se diluyen en ese gran holocausto".

Es de una claridad deslumbrante: revolucionarios que escribían versos, como el Che Guevara, o poetas que luchaban por la revolución, como Francisco Urondo. 28 poetas, en fin, algunos de una calidad excelente, cuya obra truncó la muerte, venida de manos de soldaditos oscuros que no dejarán memoria, que hacen lo que se les manda, extremando a veces la crueldad. 28 nombres desde el de Ernesto Guevara hasta el de Jacques Viau, pasando por poetas de obra considerable, autores de varios libros, poetas de concepción lúcida, de estilo formado, de acento propio, como el salvadoreño Roque Dalton, como el peruano Javier Heraud, como el chileno Víctor Jara, que además puso música y voz a sus

poemas; como el guatemalteco Otto René Castillo, a quien los victimarios quemaron vivo.

Nadie ignora que el Che Guevara era un poeta; aunque nunca hubiera escrito versos lo sería. Se le conocía por un ser que comprendía y amaba las cosas, que penetraba en la naturaleza y en los hombres como una fuerza especial y que llevaba un libro de Neruda en la mochila en sus expediciones revolucionarias. ¿Sería, como Unamuno, poeta y además otras cosas? No le quedaba mucho tiempo a un revolucionario de su estatura, que además era médico, político y ofició de economista, para escribir bastantes versos como hubiera querido. No conocemos la cantidad de su obra, pero hay que imaginarse que no es muy extensa, sino sólo la dimensión de ella. Un poeta que a veces incluso mostraba un cuidadoso respeto por las formas clásicas:
**Iré tan lejos que el recuerdo muera
destrozado en las piedras del camino,
seguiré siendo el mismo peregrino
de pena adentro y la sonrisa fuera.**

Un poeta que traza su "autorretrato oscuro", que canta al río Nilo sin dejar de evocar las orillas del Plata nativo, que se conmueve frente a las piedras milenarias de Palenque, que canta a Fidel, "ardiente profeta de la aurora" y le promete que estará siempre donde sea necesario.

**Pequeña patria mía, dulce tormenta
un litoral de amor elevan mis pupilas
y la garganta se me llena de silvestre alegría
cuando digo patria, obrero, golondrina.**

Con espontaneidad canta Otto René Castillo, poeta de Quetzaltenango que al morir, a los 31 años, asesinado y quemado en la base militar de Zacapa, tenía publicados dos libros que eran algo más que una promesa. En un país donde la injusticia es un mal permanente —piensa— la gente suele acostumbrarse a ella. Y lo expresa así:

**Pero lo peor de todo es la costumbre.
El hombre pierde su humanidad
y ya no tiene importancia para él
lo enorme del dolor ajeno.**

¿Qué decir de Roque Dalton? Su vil asesinato a manos de desalmados "jueces" terroristas, constituyó un duelo para América, que conocía su profunda convicción revolucionaria, su dedicación permanente a la lucha, su resistencia, la categoría de su poesía y de su prosa, su noble condición humana.

**Yo sería un gran muerto.
Mis vicios entonces lucirían como
joyas antiguas con esos deliciosos
colores del veneno.
Habría flores de todos los aromas
en mi tumba
e imitarían los adolescentes mis
gestos de júbilo.
mis ocultas palabras de congoja.
Tal vez alguien diría que fui leal y
fui bueno.
Pero solamente tú recordarías.
mi manera de mirar a los ojos.**

Es como un admonitorio autorretrato.

Roque Dalton es un gran muerto y todos decimos que fue leal y fue bueno.

Javier Heraud es uno de los más jóvenes poetas de la antología de Benedetti. Lo mataron cuando apenas tenía 21 años, en la mitad del río Madre de Dios, siendo miembro de las guerrillas peruanas, el año 1963. Joven pero uno de los poetas más formados del conjunto. He aquí cómo desnuda en un poema los motivos que lo han empujado a tomar el fusil:
mejor poesía latinoamericana de estos
**Pero voy al combate y a la guerra
por amor a mi suelo, a mis paisajes,
por amor a los pobres de mi tierra
por amor a mi madre, a sus cariños,
por amor a la vida y a la muerte,
por amor a las cosas de los días,
por amor a los días del otoño
por amor a los fríos del invierno.**

Y quedan tantos aún, pero no caben ya en este comentario: mi compatriota Víctor Jara, Urondo, el gran argentino. No falta ni siquiera una mujer: la boliviana Rita Valdivia, que a los 22 años cae acribillada luchando junto a Inti Peredo.

Provoca una emocionante tristeza la lectura de estos poemas, algunos de los cuales pueden aparecer con honor entre la mejor poesía latinoamericana de estos días. Son 28 voces inconclusas, 28 poesías rotas por la metralla. A estos jóvenes no los mató la bohemia ni el alcohol ni el hastío, como a los poetas de otro tiempo, sino el odio de los empecinados en impedir que se extiendan las ramas del árbol de la justicia y la fraternidad humanas.